



CIUDADANÍA Y VALORES
FUNDACIÓN

IV Simposio Internacional de Inmigración

Inmigración y Derechos Humanos: Inmigración y Familia

Valencia, 9 de abril de 2010

Guillermo Vaansterbergue

Director gerente de CEIMIGRA

La familia inmigrante como transmisora de valores: paradojas y limitaciones. La necesidad de un cambio educativo en España

Guillermo Vaansterbergue

Director gerente de CEIMIGRA

1. HACIA UNA INTEGRACIÓN REAL DESDE LA INTERCULTURALIDAD

La integración está asistiendo, del mismo modo que las anteriores definiciones, a un mal uso generalizado en su significado y a una contradicción entre su significación y su puesta en práctica. Por poner un solo ejemplo de esto último, no hay más que detenerse a ver lo que se entiende por integración en los manuales de la Unión Europea y observar rápidamente cómo su traducción en la práctica no tiene relación alguna con su definición (ver documentos adjuntos).

En primer lugar, hemos de entender la *integración* como una de las posibles formas de gestionar la diversidad cultural, de modo que, siguiendo a García Roca (2002), la integración se entiende como una ideología sociopolítica, un modo de ver el horizonte hacia el que caminar como sociedad. De él se derivaría el modelo *integracionista*, como el pensamiento conjunto que da forma a esta misma ideología.

En este sentido, la *interculturalidad*¹, entendida desde la definición de J.A.Marina, citada más arriba², sería la práctica que hiciera posible la realización de la integración, o dicho de otro modo, el medio a promover desde y para un modelo integracionista.

¹ Respecto a la interculturalidad, en función del idioma de origen podemos estar hablando de una misma realidad con términos diferentes: lo que en las lenguas de países europeos y mediterráneos entendemos como “intercultural”, las lenguas anglosajonas y el inglés americano lo denominan “multicultural”. De este modo, si no hacemos la distinción de la lengua de la que procede un texto determinado, podemos estar confundiendo el término “multiculturality” (interculturalidad) con lo anteriormente comentado y entendido en nuestras lenguas como multiculturalidad o modelo intercultural, realidades, como veremos a continuación, que distan mucho de ser las mismas.

² La *interculturalidad* consiste en la promoción de un intercambio entre todas las culturas que coexisten, favoreciendo el mestizaje, tanto biológico como cultural (Marina, 2002).

En esta misma línea, y siguiendo a Berry (2005) la integración se entiende como la posibilidad de participar de la cultura a la que se llega al mismo tiempo que participando de y manteniendo la cultura de origen. De este modo, la práctica de la interculturalidad se hace, al igual, imprescindible para conseguir la integración.

Pero, además, la *interculturalidad* en este contexto es entendida como *relación horizontal, enriquecedora y bidireccional*, en la que todos los grupos y personas en relación tienen algo que expresar y mostrar a los demás desde su identidad y expresiones culturales, evitando lo excluyente y buscando lo común.

Incluso Ramírez Eras, en el paradigma de la interculturalidad, habla de la interculturalidad como *proceso de convivencia humana, basado en el respeto a la relación recíproca de valores entre varias culturas*.

Sólo desde una promoción abierta de la convivencia entre grupos culturales distintos, más allá del reconocimiento de sus diferencias, será posible una sociedad abierta que vaya más allá de los particularismos creados en torno a la identidad de Estado nación, término que, como hemos ido comentando, está también en plena crisis. Entre otras razones, porque es insoslayable mirar más allá del horizonte de los nacionalismos en un mundo globalizado. Sólo desde una relación horizontal, que de voz y voto a todas las personas ciudadanas de un territorio será posible evitar la jerarquización entre culturas y, en definitiva, el sometimiento de unas bajo el parecer de las otras.

La integración, así, ha de promoverse a través de prácticas de interculturalidad a través del encuentro entre culturas, el entendimiento mutuo, la observación mutua y un conocimiento mutuo y personalizado cada vez mayor.

Así entendido, este encuentro intercultural promueve la armonización de las relaciones humanas y, por tanto, promueve, como sociedad y como grupo humano, una evolución. De hecho, desde los mismos países del Sur de Europa se defiende la interculturalidad como una reflexión científica armonizante. El discurso se orienta desde un “pensar intercultural” y se propone una “hermenéutica intercultural”, donde, en función de la calidad del encuentro se forje la autorreflexión, la propia identidad, siempre en dinamismo y cambio, y el respeto al otro.

Lo genuino de la interculturalidad es la creación de una situación nueva, modificando y redefiniendo las situaciones multiculturales, no sólo porque se puedan unir más culturas a una particular situación multicultural (pluralismo democrático), sino también porque la comunicación y el encuentro entre culturas favorece el surgimiento de nuevas formas culturales, resultado de las nuevas necesidades y formas de identificación grupal y social, de nuevo, desde la horizontalidad, la aceptación de las diferencias como compatibles, y el énfasis en lo común y compartido.

Así, debemos priorizar en el encuentro intercultural las historias personales compartidas. Y sobre esta base sólida de sociabilidad de intereses y conocimiento en nuestros encuentros, siempre apoyándonos en las aportaciones de cada parte, podremos interrogarnos sobre lo que nos es posible construir juntos.

Podremos entender, entonces, la práctica del encuentro, no sólo como un proceso de educación (en) intercultural (idad), sino como lugar y proceso donde la terminología de la interculturalidad no es sino la herramienta que posibilita un producto común (hecho por todos) para un mundo mejor.

Para ver esta posibilidad como una alternativa realista, lejos de la utopía inalcanzable, hemos de tener muy presente que el mestizaje fue y es la forma de encuentro entre culturas, siempre y cuando se entienda como enriquecimiento, mediación y horizontalidad, y no como subordinación y renuncia, huyendo del esquema de la absorción de lo dominado.

Sabemos bien que el encuentro entre culturas no es nuevo, y ha producido síntesis culturales que se evidencian en estrategias sociopolíticas y mecanismos de convivencia, así como en producciones estéticas como la música, los ritos, las fiestas populares, las danzas, el arte, y la literatura de cualquier lugar, empezando por nuestro contexto “español”, tanto a lo largo de su historia como en su momento presente.

Pero no solamente se establece una relación con los otros, sino que se inicia un viaje comprensivo, que es más que ese flujo no estructurado de objetos, imágenes, relatos, signos, información, costumbres, etc, de los “massmedia” para darle un significado, un sentido al mundo del otro, en una actitud de aceptación empática. En definitiva, como dice Carl Rogers es hablar de la capacidad de percibir el marco de referencia de la otra persona, con los significados y componentes emocionales que contiene, en un esfuerzo para poder ponerse en el lugar del otro desde su propia mirada.

Y, más allá de todas estas dimensiones y matices, el eje central de cualquier avance hacia la ciudadanía intercultural es la noción de una igualdad de derechos y deberes básicos para todos los ciudadanos de cualquier territorio y en cualquier situación administrativa.

En este sentido, empezamos a ver lo mucho que nos queda, a todos, aún por hacer.

2. LA TRANSMISIÓN CULTURAL COMO UN HECHO CONSUSTANCIAL AL HECHO MIGRATORIO (MARCO LÓGICO)

Desde hace mucho más tiempo que en España, varios países Europeos vienen estudiando con sistematismo y rigor científico la problemática de la transmisión cultural en el marco de las familias extranjeras y ello, a lo largo de varias generaciones ya que las situaciones de dificultad de integración así lo requieren. Además, el largo tiempo consecutivo que ha supuesto el flujo en el norte de Europa, les ha permitido poder de forma ininterrumpida localizar los efectos de la convivencia a lo largo de no menos de 4 generaciones en algunos casos.

En Francia y en el campo de la etnopsiquiatría pone en evidencia en algunos casos, carencias severas en la transmisión de la cultura y de la memoria familiar, con un discurso parental marcado por las ausencias o claramente por los olvidos. Esta transmisión -en negativo- de la herencia puede sostener en parte la fragilidad del entramado cultural familiar de ciertas familias de inmigrantes, lo que tiende a hacer necesario el estímulo del discurso familiar en torno a los elementos culturales de origen, utilizando para ello objetos concretos para soportar el pensamiento y las palabras. Estos etnopsiquiatras llaman a esta reintroducción de

estos elementos culturales originales, en pequeñas dosis y a partir de “fuera”, <el trabajo de la cultura a la inversa>.

Esta pequeña introducción nos permite sacar dos conclusiones, la primera obvia, nuestro país esta en los balbuceo del trabajo integrador en el marco de la familia, tanto inmigrante como autóctona, en lo que se refiere a la interculturalidad, que en este trabajo se defenderá en todo momento como bidireccional. Este término, sobreabusado, se definirá como la responsabilidad real de las dos sociedades culturales en contacto, la de fuera, y considerada de forma generalizada así por la de dentro, y al revés la de dentro conceptualizada así por parte de la de fuera, en coparticipar a la creación de una sociedad pluricultural que incluya los elementos culturales necesarios a la satisfacción de los dos colectivos y al desarrollo de una sociedad más dinámica y resolutiva que al anterior, que de esto trata el desarrollo humano.

Lo segundo que después de casi 100 años de trabajos de integración, vemos como países como Francia, de modelo asimilacionista, en resumen la aceptación definitiva y en ciertos momentos definitiva del ideario republicano, se descubre que es necesario reintroducir, a pequeñas dosis y desde fuera del marco familiar, una cierta dosis de cultura original, para conseguir un equilibrio para la persona y su núcleo familiar.

Esto determina también la enorme dificultad a la que se enfrenta la familia inmigrante para reconstruir un equilibrio familiar capaz de producir estabilidad y desde ella favorecer el crecimiento social de sus integrantes.

Sin embargo, la transmisión cultural es inevitable y necesaria, criterio que no rige para la sociedad de recepción de la misma manera, ya que esta es necesaria pero automática y consensuada en un marco comprensible y lógico.

Asimismo, la transmisión en la sociedad inmigrante es de de dos signos: la cultura original y la autóctona y ambas imperfectas, la primera porque limitada la memoria del transmisor, limitada a un número de personas pequeño y no siempre representativas de la cultura original en toda su riqueza, y en lo que es más importante de lo que sucede en ella **in time**. En cuanto a la segunda, es obvio que la transmisión es más defectuosa ya que lastrada por la correcta comprensión por parte de los recién llegados de la nueva cultura, de nuevo este esfuerzo de aprendizaje superior a la de los autóctonos, indefectiblemente ralentiza, con respecto al a sociedad de recepción su aprendizaje y de ahí sus oportunidades, **in time** de integración en todos los aspectos sociales.

Aclarado este aspecto, no basta recopilar todos los motivos por los cuales esta situación de fragilidad familiar se produce ya que tiende a ser obvia: La familia por partes o transnacional con su alto grado de desestructuración, la incompreensión de las claves culturales y muy a menudo lingüísticas, las más básicas, produciendo un efecto perverso en la transmisión cultural ya que a menudo las primeras generaciones están menos preparadas que las segundas para entender el entorno, que no interactuar en él de forma correcta, lo que supone una gran merma en la transmisión paterno familiar, la cual a menudo no se recupera nunca. Finalmente, la ausencia crónica por motivos de trabajo o busca de trabajo de los miembros adultos de la familia añade la falta de comunicación **in time** tan importante en la resolución de conflictos.

Todo ello nos hace destacar un elemento que va a jugar un papel primordial en este camino angosto y muy empinado: el tiempo. El tiempo cronológico propio del individuo: qué edad tiene, en función de ello, su aprendizaje variará en intensidad y en calidad.

El tiempo histórico de la sociedad de acogida: los factores socio culturales y la evolución de la sociedad de acogida jugará un papel determinante en la experiencia integradora. Una sociedad democráticamente joven, como la española no presenta el mismo horizonte que una sociedad democráticamente vieja, ni con mayor experiencia en la integración, tanto en lo bueno como en lo malo.

Definitivamente el tiempo que usará el inmigrante para integrarse o conocer las simbólicas que promueven su integración, así como el tiempo que tardará la sociedad de acogida en aceptarle como uno más o casi, será el tiempo más importante de todo.

Podemos concluir que el proceso de la integración, voluntaria o involuntariamente lentifica el proceso de avance social del inmigrante y desde luego lo dificulta.

En muchos aspectos, en el campo laboral es negativo, en lo humano sin lugar a dudas es positivo.

A menudo los padres inmigrantes creen necesario establecer una graduación entre los dos procesos culturales, lo bueno o más bien lo mejor es mi cultura, es decir la original, proceso muy normal en los padres, y lo segundo añejo a la cultura de inserción es lo útil. (En algunos casos debido a la presión de la cultura de recepción se produce el efecto opuesto, el renegar de la cultura de origen sobre todo en las segundas y terceras generaciones, identificando la cultura original como algo periclitado o de escasa utilidad práctica, de nuevo, lo útil).

Concluyendo se produce una situación de inevitabilidad de elección a la hora de la pertenencia cultural, también influido por el proyecto inicial de inmigración del extranjero, solo trabajo y retorno, que involuntariamente se verá lastrado por el tiempo que pase inmerso en la sociedad de recepción, lo que le cambiará en varias ocasiones la óptica de la misma, otro factor de menor incidencia para el aprendizaje autóctono, que queda incluido en el tiempo cronológico y retratado como algo fijo llamado experiencia.

Los padres y la sociedad entera de recepción en función del criterio aplicado a un grupo inmigrante determinado pueden obligar a los hijos a decidir su pertenencia excluyendo la otra, en ello radica el gran error, ya que se aborta el proceso de complementación de ambos colectivos. Estas situaciones son más fáciles cuanto más lejana es la cultura y sus referentes simbólicos de ambos colectivos, lo que dificulta la creación de espacios de encuentro tan necesario para conocerse.

La idea de la complementariedad cultural es una idea muy útil para poder manejar otra limitación inevitable en el proceso de integración de grupos de nuevos ciudadanos con . Ciudadanos de recepción: la etnocentría que subjetiviza todo el proceso, haciendo oscilar en muchas ocasiones la integración desde el *miserabilismo*, la consecución de derechos en base al a diferencia positiva, a la exclusión: la negación de estos derechos por el rechazo a la diferencia.

El mestizaje, no tengamos miedo a la palabra, ha superado el estrecho lenguaje biológico para adentrarse en el antropológico. Muchos afirman que la sociedad será mestiza o no será, creo que a tenor de los hechos históricos no ha dejado de serlo nunca.

La dificultad radica en determinar qué tipo de sociedad mestiza somos capaces de aceptar todos en todo momento sin promocionar el rechazo espontáneo de una u otra parte.

3. LA FAMILIA INMIGRANTE Y SUS PARTICULARIDADES.

A lo largo de los más de 20 años que nuestro país lleva recibiendo inmigrantes, han ido variando la composición del flujo migratorio, tanto en cuanto a lugares de emisión, de cantidad de hombre o mujeres, de edad, de velocidad y de amplitud en cuanto a colectivos implicados.

En una primera fase en varios colectivos se detectó una feminización del colectivo de inmigrante en contraposición a la masculinización más presente en otros colectivos.

La mujer llegaba primero y ejercía su derecho a la reagrupación familiar del conyugue y de los hijos.

Esta reagrupación inicial planteó, en ocasiones, una serie de problemas claramente identificados con la distancia. La situación familiar se había deteriorado o simplemente había cambiado el rol de los miembros estando más preparada, ella o él, primer llegado al nuevo espacio social. Esto tuvo en su momento dos repercusiones claras, un aumento en divorcios y cierto reflejo en la violencia de género en el colectivo de inmigrantes.

El choque cultural en esta ocasión era utilizado como un elemento benéfico para las partes que ocupaban un lugar de inferioridad social en la familia, casi siempre, la mujer.

Otro elemento de importancia era la reagrupación familiar en sí, contemplado en las distintas leyes de inmigración desde una óptica cada vez más restrictiva. La reconstrucción familiar de los comienzos del flujo contemplada como un elemento formal positivo, ha pasado a ser un elemento a evitar por razones económicas más que sociales.

Reconstruir una familia extranjera en España en estos momentos puede definirse como una tarea ardua. Es uno de los elementos a considerar más importante cuando hablamos de integración y de normalización social en el colectivo inmigrante, no goza de la misma facilidad de defender los derechos familiares que los ciudadanos de acogida.

Diferencia nada desdeñable si partimos de las bases normalizadoras en lo social que representa la familia en occidente. Esto tiene un aspecto colateral digno de estudiar, la casi obligatoriedad de construir o reconstruir una familia en el lugar de acogida. La dificultad de reagrupar ha terminado por confirmar otro de los elementos que forma parte de la realidad familiar posible de los inmigrantes, la familia transnacional.

El encontrarse una familia diseminada por el mundo en varios estados, mujer en país de acogida, marido e hijos en otro y el resto de la familia, u otras de las combinaciones que

puedan producirse, dificulta grandemente las relaciones familiares de calidad que comienzan a sufrir de las mismas dificultades de pertenencia que las existentes en cuanto a la pertenencia cultural. No obstante descubrimos que los lazos familiares se mantienen durante mucho tiempo debido a varias razones, las afectivas y las económicas ya que el presente en el ámbito económico aventajado, sostienen económicamente al resto.

En términos afectivos las situaciones no dejan de ser muy dolorosas para ambas partes ya que tratándose de hijos separados de la madre o padre, o de ambos, estos cambian de forma veloz y al vivir todas realidades culturales diferentes en caso de reagrupación las diferencias pueden llegar a dificultar grandemente la convivencia.

Otros de los elementos a destacar son los diferentes modelos de inmigración que pueden coexistir incluso según los sexos. En las mujeres latinoamericanas suele prevalecer el deseo de prolongar la estancia en Europa además de pensar antes en la reagrupación de los hijos, que en los hombres donde se pretende más un modelo de inmigración económica planteándose un retorno al país en términos más cortos.

Estas dos formas de conceptualizar un proyecto migratorio, da dos repuestas familiares diferentes. Una, la de las mujeres, a más largo plazo, que implica una integración más profunda y una serie de responsabilidades muy importantes por parte de los padres, formarse lo mejor posible en términos de cultura de adopción, para mantenerse como referentes claro de transmisión de información a sus hijos y lidiar con todos los cambios que se originarán en estos y ellos mismo por lo prolongado de la estancia en el país de acogida.

El segundo proyecto, promueve un aislamiento mayor de la cultura de acogida, o al menos la adopción de actitudes culturales diferentes más superficiales, dado que uno viene a trabajar y construir un futuro en el país de origen con el dinero acumulado.

Esta situación ya es observable en países con largo recorrido en cuanto a integración. En Alemania este grupo humano decidido a regresar tras toda una vida laboral en aquel país, y habiendo comprado casas en sus países de origen, ya no quieren regresar, debido a que la diferencia cultural entre este grupo y su país de origen es mayor que con la cultura del país de acogida, en este caso Alemania. Cuanto más tiempo permanezca una familia en el exterior más difícil será el regreso.

De la capacidad de los padres en adaptarse a la sociedad de acogida depende en parte la posibilidad de transmisión normalizada de datos en el núcleo familiar, que permite a esa familia crecer y encontrar espacios de entendimiento. O por el contrario cuanto más difícil sea para estos padres la comprensión cultural de la sociedad de acogida más dificultades tendrán las segundas generaciones para integrarse con éxito en la sociedad de acogida manteniendo rasgos culturales diferenciales, sin verse obligados de manera perentoria a elegir entre una u otra opción.

La familia no debe transformarse en un ghetto cultural donde las ideas y las tradiciones se imponen en función de orden patriarcal muy común en muchas partes del mundo.

Bien es cierto que la sociedad de acogida tiene la necesidad de evolucionar hasta llegar al convencimiento que el proceso de integración la afecta de igual manera que al colectivo de inmigrante y por ello debe formarse en la comprensión de una sociedad que se defina como pluricultural, alejándose de imposiciones etnocéntricas que solo hacen fracasar a los intentos de desintegración por el mero hecho de que la realidad integradora solo se construye desde una parte de los ciudadanos.

El que no pase este trabajo de reubicación de valores propios a la cultura de la sociedad dominante, solo producirá un efecto pernicioso de falta de entendimiento ya que las partes pretenderán defender sus culturas frente a las de los demás, a pesar de mantener simbólicas muy cercanas por la misma convivencia y la creación de un modelo piramidal, donde diferentes culturas mestizas compiten por un mejor lugar en el escalafón del reconocimiento social, fomentando un tipo de modelo multicultural de todos contra todos dentro de un espacio común llamado país o nación.

Podemos observar con todo lo mencionado anteriormente que la creación de una familia estable y normalizada en cuanto a derechos y deberes en el país de acogida no deja de entrañar muchos problemas para los extranjeros. Más aún si las diferencias culturales son mayores en cuanto a lo que definiríamos como familia.

Hay culturas donde el papel de la mujer es tan inferior, que el choque cultural con la realidad del otro solo puede constituir un problema grave, incluso legal.

No olvidemos la realidad de las bodas concertadas, no reconocidas en la tradición que define nuestra cultura como españoles en la actualidad. Asimismo una familia bígama no sería entendida culturalmente hablando sino que sería perseguida legalmente. Esto no es tan comprensible para los afectados como parece, los cuales optan por mantener su familia en origen para poder practicar sus costumbres ancestrales, lo que significa una inmigración fundamentalmente masculina y muy poco deseosa de compartir espacios pluriculturales.

Finalmente, es importante también destacar la visión de los inmigrantes con respecto a nuestro concepto familiar. Ya que también en función de la lejanía o cercanía cultural opinarán benéficamente de nuestras costumbres familiares o todo lo contrario.

El ideario va desde la aceptación mutua a la crítica por cuidar poco a nuestros ancianos, tolerar demasiado a nuestros hijos, por permitir los matrimonios homosexuales y otros tipos de familias que no existen o son claramente rechazados por los nuevos ciudadanos.

4. LA TRANSMISIÓN CULTURAL DE LA FAMILIA COMO ELEMENTO INTEGRADOR, LUCES Y SOMBRAS.

Partiendo desde un principio de la familia reagrupada y presencial en el país de acogida podemos empezar destacando que la familia es un núcleo de excelente calidad aunque sea solo focalizando sobre la existencia de una red que proporciona estímulos afectivos, diversidad de soluciones, apoyo y una transmisión de valores que sin la existencia de ella sufriría sin lugar a dudas de una menor calidad.

Puesto esto de relieve y sin el afán de invalidar lo afirmado anteriormente, si conviene aclarar que como todo ente grupal asentado en una nueva realidad va a tener que adaptarse y con ello sufrirá una serie de cambios que harán sufrir las estructuras tradicionales de una familia similar que hubiese permanecido en origen.

Los padres deben ser capaces de resolver todos los problemas de sus hijos en cuanto a salud, educación, comprensión del medio, comida, eligiendo la más apropiada y facilitarles su integración en la sociedad de acogida a través de una participación ciudadano eficaz y real.

Aquí ya cobra importancia el proyecto de inmigración de los padres, si es a largo plazo tomarán una serie de direcciones bien determinadas con el fin claro de entender la cultura de adopción. Por el contrario, pueden constituirse en islas cerradas o comunicadas en redes culturales muy estrechas dirigidas exclusivamente en mantener el patrimonio cultural de la primera generación, con todos los problemas que ello puede llegar a ocasionar a la generación 1'5 y a la segunda generación.

Sea cual sea el proyecto de los padres suelen comenzar el proceso de integración, la mayoría, en condiciones de mayor precariedad que las familias autóctonas e incluso de que si estuviesen solos.

Los dos padres tienden a trabajar y en muy pocos caso recae el cuidado de los hijos sobre alguna persona familiar mayor, lo que puede llegar a invertirse ahora con la nueva ley de extranjería que permite la reagrupación solo a partir de los 65 años de los padres y madres.

Esto condena a la familia a la entrega de hijos a vecinos o a guarderías, disminuyendo además de forma drástica el tiempo que pueden dedicarles a los hijos de forma presencial y directa. En caso de generación 1'5 esto puede llegar a ser catastrófico ya que son hijo criados en parte en origen, con una necesidad de seguimiento para una integración exitosa en la familia y luego en la sociedad de acogida, constante. Estos hijos corren el riesgo de buscar otros referentes educativos que sustituyan a los padres ausentes y a la familia fantasma.

Este hecho, no deja de poder afectar a los hijos nacidos aquí, con padres dedicados al trabajo y redes sociales concentradas en personas de la misma nacionalidad o inmigrantes transmisores de realidades muy similares.

Con ello queremos destacar la necesidad de que la familia juegue un importante papel para la integración y la normalización de los individuos que la conforman. Para ello es fundamental que la primera generación, tan abandonada por los sociólogos y por la administración en tiempos anteriores, vuelvan al lugar que les corresponde, que es la primera línea. Deben de ser capaces de transmitir las tradiciones más útiles del país de origen, o de más alto valor en términos de eficacia a la hora de crear lazos de pertenencia, y a su vez adquirir un buen conocimiento de la sociedad de acogida para revertir las soluciones a los problemas que sus hijos vayan a encontrarse en la vida corriente del día a día.

Fundamental crear redes sociales en ambas realidades culturales, normalizar en la medida de lo posible las situaciones sociales de la familia en España, limitando el sueño del retorno al de la realidad del día a día. Integrarse en todos los tejidos sociales que beneficien un

acompañamiento in time de sus hijos, sobre todo en la participación escolar. La transmisión cultural no puede focalizarse en la obligación de elegir entre una realidad u otra. Ya que tratamos de crear una sociedad donde las diferencias tengan cabida hasta la aceptación como elemento simbólico corriente y que podamos llegar a identificarnos todos con una sociedad respetuosa con todos sus miembros sin la necesidad de una defensa de tipo miserabilista de minorías que tiende o a reproducir los guetos culturales con todas sus limitaciones o a ser aceptados por la cultura dominante de forma superficial o anecdótica.

5. LAS DIFERENTES GENERACIONES Y SU PAPEL FUNDAMENTAL EN EL PROCESO DE INTEGRACIÓN.

5.1 La primera generación

Como se ha repetido numerosas veces, es la generación más importante ya que con ella comienza la familia y todo el proceso de integración sea cual fuere. De forma cabal y voluntaria el Estado de acogida debe realizar dos esfuerzos claramente beneficiosos, partir de la realidad, que una integración es entre los colectivos recientes y antiguos potenciando la ganancia en intereses para ambas partes, es decir fomentando la bidireccionalidad del esfuerzo formativa y ampliando a los dos colectivos las ganancias del proceso.

Segundo, debe proveer de todas las herramientas posibles al nuevo ciudadano para facilitar el conocimiento de sus necesidades y de las soluciones a estas.

Equivocados están los colectivos que extendieron la teoría de que la integración pactada y voluntaria en una sociedad supone la pérdida cultural de origen. Aparte de una visión excesivamente culturalista que debe complementarse con una visión social, en la cual descubrimos que mucho de los problemas que padecen los inmigrantes son comunes a los habitantes del país de acogida que ocupan el mismo nicho social.

Entran en un proceso de biculturalidad o mejor llamado de complementación. Proceso que afecta a todo ser humano que madura, pero en este caso de forma más diferenciada y abrupta.

No olvidemos que mucho de los retos de la siguiente generación y el tiempo que tendrá que invertir en su solución va a depender de esta primera. La calidad de la transmisión irá proporcional a la capacidad de resolver problemas que haya tenido, el grado de conocimiento del sociedad de acogida, las redes creadas en la sociedad de acogida, y la aceptación del complementariedad antes nombrada que evitará la obligación de elegir un solo nicho cultural, alejándose de la sociedad pluricultural más interactiva.

La ausencia de rechazo a ambas realidades que sostiene el universo del inmigrante de manera obvia, (y al ciudadano de recepción de forma menos obvia) le permitirá transmitir el afán de conocer y completar la individualidad de sus hijos con realidades nuevas. No olvidemos que los flujos de inmigración pueden ser de ida y vuelta o multidireccionales, ya que las distancias y el tiempo empleado en cruzarlas son cada vez menores.

Esta primera generación a medida que se inmersiona en la sociedad de acogida la sentirá in time cada vez más suya. Si no se produce la integración en la realidad de una sociedad multicultural por parte de los ciudadanos de recepción se perderá este elemento positivo, ya que se habrán preparados para entrar en la sociedad de acogida, pero está en proceso más lento de adaptación, por falta de estímulo y de comprensión del cambio en acción, dificultará su entrada en base a apreciaciones culturalmente lejanas por imprecisas y subjetivas. Habrá llave pero no puerta.

Todo esto crea en cualquier modelo una escalera valorativa donde las culturas, en base a su mayor o menor aceptación pelean todas para subir en el escalafón. Permitiendo incluso el rechazo transversal entre ellas.

Al pasar cada vez más tiempo en la sociedad de acogida y habiendo elegido el camino del mantenimiento "puro" de los orígenes, llegará a descubrir que su sociedad ha cambiado y no le reconoce como un miembro a parte entera. Todo ello nos permite afirmar que los mestizos, que no deja de ser el grupo humano que más está creciendo pueden aplicarse a jugar un papel determinante en cuanto a puentes de enlace entre una realidad cultural y otra. Además pueden in time enriquecer con sus diferencias a los dos extremos culturales que conforman su todo.

5.2 La generación y media (1'5)

Este concepto de separar a la primera y la segunda, mediante una y media es novedoso y aún poco extendido entre los especialistas en integración, aunque va ganando adeptos.

Esta generación vienen a representar a los hijos nacidos en origen que sufren de niños la adaptación cultural, y pasan en la sociedad de acogida un tiempo de vital importancia en la formación de cualquier ser humano, la niñez y la adolescencia, ende del tiempo que pasará de adulto.

Se tiende a diferenciar esta de las dos otras porque de facto se nutre de realidades diferentes.

Dependiendo de la educación familiar recibida en términos de registros culturales originarios, oscilará entre la perplejidad de los recuerdos culturales propios, situación que de alguna forma tranquiliza la presión de los familiares deseosos que no olviden sus raíces ya que ya se ha producido esta transmisión en origen y la aceptación de la sociedad de acogida de dos formas posibles: Un, haciendo de puente eficaz entre la primera y la sociedad de acogida, con los problemas de valor que esta complementación puede originar al orden jerárquico de la familia. Dos, produciéndose un rechazo de la sociedad de acogida por el aprendizaje sucedido durante la edad escolar, situaciones de marginación por parte de la sociedad de acogida o el mantenimiento de la cultura original en términos de sublimación. Un buen ejemplo son las maras que además se nutren de la ausencia efectiva in time de una educación de calidad por parte de sus progenitores ocupados en el trabajo o en su búsqueda, y la consiguiente ausencia de redes de calidad en la sociedad de acogida por parte de ambas generaciones.

Debemos destacar la importancia de tipificar esta generación como un colectivo potencialmente diferente para poder tratarlo de forma diferenciada con soluciones apropiadas

para su integración normalizada ya que esta generación atesora la mayoría de las posibilidades de una integración exitosa en ambos mundos, siempre que se les permita entender la necesidad de permanecer en contacto con la educación paterna sin despreciarla, sin caer en la sustitución de una por otra incluso la de acogida otra tentación a tener en cuenta y enfatizar el excelente papel de puente que pueden llegar a jugar en un tiempo relativamente corto, tiempo valioso a la luz del tiempo que se tarda en la generación uno en obtener estos resultados. En conclusión no deben convertirse en una lucha enconada por la pertenencia sine qua non a alguna de las 2 culturas pueden una vez más complementarse.

5.3 Segunda generación

La que más interés ha levantado, sobre todo en modelos asimilacionistas donde imperaba la regla durante mucho tiempo que la mejor integración era la inmersión absoluta en la simbólica de recepción. Descubriendo que los problemas no desaparecían en caso de color o de raza detectable por parte de la sociedad de acogida.

Pero fue el campo de batalla de las dos realidades grupales que se crean cuando se visualiza la integración de forma unilateral.

Han ganado todos y perdidos todos: en el caso de Francia miembros de segunda generación de han transformados en iconos nacionales, caso de deportistas, artistas personajes de renombre, etc.

Cuando la realidad cultural es lejana y se enfatiza el rechazo, o la sociedad de acogida no ha hecho sus deberes preparándose para acoger personas distintas pero natas en el país, la segunda generación se transforma en fuente de conflictos muy graves, ya que es la mano izquierda la que lucha con la derecha.

Se fragmenta definitivamente y por lustros la sociedad entre los aceptables culturalmente hablando y los no aceptables.

La sociedad tiene su parte de responsabilidad, pero no podemos olvidar la responsabilidad de la primera generación con respecto a la segunda, si han conseguido atender a sus hijos natos en la nueva sociedad y en las dos culturas por igual, han facilitado la vida del individuo, la cual en nuestro concepto de sociedad es superior a la identidad grupal.

Esto suele ser otro de los campos de batalla de la integración. Muchas culturas sobre todo inmigrantes enaltecen la pertenencia al grupo de inmigrantes antes que a la pertenencia general, de la misma forma que son rechazados por los autóctonos, Ambas tendencias llegan pues a un punto en común.

Desde la formación primaria el maestro debe ser el generador de pluriculturalidad en las aulas, y tras una preparación a menudo deficitaria y etnocéntrica, debe resolver los conflictos sin acudir sistemáticamente a figuras que van a diferenciar al alumno de los demás, mediadores interculturales, clases de apoyo etc.

La posibilidad de pertenencia a la nueva sociedad se edifica en esta aula diminuta haciendo comprender a los alumnos autóctonos que ellos también son una nueva generación y su éxito

en la convivencia en esta sociedad pasa por el mejor entendimiento posible de la diferencia del otro y su aceptación.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

Ciñéndonos a lo sucedido desde los años 50 del siglo pasado, en el que grandes contingentes de españoles se marcharon a la búsqueda de nuevos horizontes laborales, que a los 60 los turistas trajeron costumbres nuevas de comportarse y apreciaciones culturales que tardaron años en hacer mella en nuestra sociedad, sumando el camino elegido por esta sociedad en temas políticos, sociales, culturales y simbólicos, nuestro país no ha cesado de mestizarse, demostrando con ello una capacidad de adaptación envidiable. Este camino ha creado problemas que se han tenido que resolver con los tiempos apropiados, no olvidando que jamás habían coincidido en el mismo momento 4 generaciones a la vez, lo que tiende a definir claramente el ideario cultural de nuestra sociedad mundial en el siglo XXI. Si a esto añadimos otro elemento humano, siempre presente en la historia de los hombres, pero no de forma tan diversificada ni en monto tan impresionantes y en tan poco tiempo, el reto es poderoso.

Esto nos demuestra que es el mundo el que cambia, no solo las personas que se mueven a la búsqueda de un nuevo futuro, sino que con su marcha cambian la sociedad de acogida de forma definitiva. No podemos caer en los reduccionismos de confundir las tradiciones con nuestras raíces ya que hasta el más modesto árbol las crea todos los días sin necesidad de reemplazar a las más antiguas o de abortar a las más nuevas, todas son necesarias para un entendimiento global y a pesar de tantas teorías defendidas hacía la eliminación de las costumbres de origen o la única potenciación de las costumbres de recepción. Tras una vuelta en redondo, hemos podido llegar a una conclusión, un ser humano individual del siglo XXI puede ser pluricultural, tener elementos que lo diferencia de otros individuos y además otros compartidos con la mayoría de los ciudadanos de su sociedad, con todo ello podemos construir una sociedad plural y dinámica que será rediscutida con criterio, por las generaciones por venir, como así debe ser.